

Ángel Lázaro conta os seus comezos en Cuba

Como prólogo ao seu libro de poemas *El molino que no muele* Ángel Lázaro escribiu unha autobiografía, reproducimos a continuación os parágrafos deste texto referidos aos seus primeiros anos en Cuba.

- LÁZARO, Ángel: *El molino que no muele*, Madrid: Compañía Iberoamericana de Publicaciones, 1931, pp. 11-14.



CONSELLO DA CULTURA GALEGA

Arquivo da Emigración Galega

Para una autobiografía

Nací en Orense, en la calle de Colón, número 23. A poco de nacer yo, mi familia se trasladó a una aldea cercana, llamada Velle. En esa aldea pasé los primeros años de mi vida. Mi madre era cubana, de Santa Clara; mi padre, castellano, de burgo de Osma. Mi padre, militar español, casó en Cuba, y cuando España tuvo la fortuna de perder sus colonias y las colonias tuvieron la fortuna de independizarse, mis padres se vinieron a vivir a Galicia. En Galicia les nació el último hijo: yo.

A punto de cumplir los catorce años, emigré a Cuba. En tercera, naturalmente, porque en la casa no había grandes reservas; los tiempos habían cambiado para mi familia. En aquella época, un viaje en tercera era bastante desagradable... Se iba en sollados, como animales... Renuncio a extenderme aquí en descripciones. Tal vez en un libro de narraciones cortas que preparo, cuente algo de lo vivido en aquellas travesías. Porque yo realicé tres: dos de ida y una de vuelta. A la cuarta –y no transcurrieron más que unos cuatro años desde mi último viaje–, los tiempos habían cambiado mucho para mí, y el consignantario en la Habana de la Trasatlántica me brindó gratuitamente un camarote de lujo, que, por cierto, no pude aceptar.

En *Luces de Bohemia*, de Valle Inclán, dice un anarquista esta frase: “En Europa, el patrono de más negra entraña es el catalán, y no digo del mundo, porque existen las colonias españolas de América”.

No me meto en lo del patrono catalán. Pero ¡qué gran verdad en lo que dice de las colonias españolas de América! No hay idea de cómo se trabaja entre aquella gente. Era una verdadera esclavitud, que ha ido cediendo gracias a la influencia del industrial norteamericano. Y eso que cuando yo llegué a Cuba, el año 1914, “no había comparación con lo de antes”, según me dijeron. ¡Pero así y todo...!

Un camisero me dijo que, si ponía atención, podría llegar a aprender el oficio; luego entré en un almacén de pianos, y allí se me auguraba un buen porvenir, como barnizador y afinador; más tarde, el maestro talabartero de un establecimiento donde fui a trabajar me prometió enseñarme a fabricar como él aquellas polainas de cuero lustroso... A todo esto, el trópico me apagaba las mejillas. Las personas mayores se burlaban de mi delgadez y mi mal color, achacándolos a otra cosa. ¡La experiencia de las personas mayores! Haré una confesión muy íntima: era tal el miedo que yo tenía a enfermar, que no he conocido el llamado goce solitario sino tiempo después de saber los caminos normales...

Volví quebrantado a Galicia. Emigré de nuevo. Ya llevaba en la maleta mis primeros versos, escritos en el júbilo de la convalecencia... El caso es que a los dieciocho años dormía casi todas las noches en una mesa de la redacción de *El Comercio*, de la Habana. Tengo cierto cariño por aquellos años... No tener más que una camisa, no tener más que un cuello, ponerlos a secar frente al ventilador, y echarse a dormir. Por la mañana, la camisa y el cuello, flamantes.

Me emociono un poco al recordar una cosa: a los cuatro años de haber entrado en la redacción de *El Comercio*, se retiró una noche el artículo de fondo para poner en su lugar un artículo mío de despedida, pues regresaba a España. Ya había publicado mi primer

libro de versos, *El remanso gris*, obra de los veinte años. Este libro había sido escrito casi todo él durante una temporada en que abandoné relativamente la mesa de redacción y me fui a recorrer la Isla en esta triple actividad: repórter, agente de una compañía teatral —¡cómo me ha arrastrado desde niño la Farándula!— y hombre de negocios... Era la época de la danza de los millones en Cuba. Me ha sorprendido la noche, a caballo, muchas veces entre cañaverales, de vuelta de un ingenio, con un maletín de muestras en el arzón y la mano en la culata del revólver. Llevar, en aquellos tiempos, una docena de billetes de cien dólares en el bolsillo, no era nada. Además, uno, a los diecinueve años, siempre se considera un poco héroe de novela.

En los cuartos de hotel, en las imprevistas esperas de los andenes de ferrocarril, en las horas solitarias de la redacción, fue naciendo *El remanso gris*.